



## FREUD EL ARTISTA

Dr. Juan Grijalva.

En algunos grandes creadores se han dado con tanta intensidad y de tal modo simultáneo las preocupaciones científicas y las artísticas, que suelen volverse una fuente de discordia interior si no se consigue una suerte de acuerdo o de síntesis unificadora. Tal fué el caso de Leonardo de Vinci. Nos aventuramos a conjeturar que, en cierto modo este fué también el dilema de Freud, que no ha dejado de tener que ver en las interminables discusiones que ha provocado su obra, provenientes de los dos grandes campos de las disciplinas humanas: la ciencia y el arte.

Se dice que ya en la intimidad de su grupo se aventuraba la afirmación de que el psicoanálisis nunca ha sido parte de la ciencia médica, sino del humanismo y del arte.

Algunos que vivieron en su intimidad informan que Freud mismo desalentaba la preparación médica previa a la carrera psicoanalítica y pugnaba por el "análisis profano". Se sabe que gran parte de sus discípulos provinieron de otros orígenes no médicos: de las disciplinas sociológicas, de las psicológicas, de las literarias.

Por otra parte, sin embargo, sabemos cómo pugnó él siempre por ser considerado un científico y porque se aceptaran sus trabajos dentro del campo de la ciencia.

Participaba del escrúpulo racionalista del intelectual de finales del siglo XIX que negaba o se alejaba de toda experien-

cia que tuviera algo de misterioso, secreto o inexplicable. Sin embargo, al mismo tiempo no podía ocultar su pasión por todo lo oscuro, lo redóndito, lo enigmático, por lo incomprendible de la creatividad humana que por lo demás le atraía desde siempre y que fué a lo que dedicó toda su vida. No deja de ser revelador que su hallazgo genial fuera dar precisamente con este universo insondable del inconsciente donde subyace el arcano, la fuente y el origen de todo lo humano, el cual escapa al razonamiento clasificatorio del que por lo demás él estaba tan satisfecho y que al fin de cuentas invade al mundo en arrasadora irracionalidad.

En el fondo, gran parte de su trabajo avanzó a base de intuiciones e iluminaciones no lejanas a las del artista. Pero secretamente temía que todos estos poderes estéticos suyos hicieran aparecer su obra, inferior a la de los científicos puros y en particular al cuerpo médico positivista de la Viena de su tiempo.

Ya al principio de su carrera, mientras escribía sobre la histeria había hecho una pausa alarmado, para comentar: "todavía me sorprende y extraña que los historiales clínicos que escribo parezcan relatos cortos y que - como podríamos decir - carezcan del carácter serio de la ciencia".

Por otro lado, a lo largo de su vida sufrió dudas sobre sus facultades imaginativas y artísticas y de diversos modos mostró su codicia del poder de los genios artísticos y parece que alguna vez, sospechó si se habría hecho científico por compen-

sación de sus impotencias o sus frustraciones como artista.

En realidad nadie puede negarle su profundidad como auténtico científico, pero tampoco puede soslayarse su capacidad estética. Indudablemente Freud hubiera podido ser un gran novelista. De hecho, en un sentido profundo, casi toda su obra es, en cierto modo, una gran novela. Una gran obra de hallazgos geniales en el campo de la investigación científica, pero plena también de imaginación, de fantasía y de misterio, no sin elementos de ficción. Aspectos de su mente, estos últimos, a los cuales temía y cuya fuerza vigilaba.

Descubrió el inconsciente, ese mundo oscuro en el que yacen las Furias dormidas, en el que se oculta lo ancestral, el incesto, el asesinato y la locura, pero también la creatividad en todas sus formas: las iluminaciones científicas, las místicas y las artísticas.

Ocupó gran parte de su esfuerzo y energía en desarrollar una teoría ordenadora que le permitiera clasificar y sistematizar todos los fenómenos de la mente y de la vida a fin de cuentas; toda una cosmovisión disciplinada que contuviera su propio destello iluminador e intuitivo que a veces lo desbocaba y lo espantaba. Le urgía domeñar su impulso generador, propio de los grandes artistas, que quizá hubiera arrasado su sistema determinista, imponiendo un mundo aún más vivo y revolucionario.

Parecía temer su vértigo creativo, ese caldo bullente que destapó ese otro universo dentro del hombre: lo inconsciente.

Puede sospecharse que a veces intentaba escapar con intelecto racionalizador y frío de su naturaleza de Dionisos frenético e innovador que secretamente lo impulsaba a perderse - lo que tanto temía - en el "sentimiento oceánico" con el que le amenazaba Romain Rolland. Le aterraba, y al mismo tiempo le fascinaba lo ilimitado, lo indisoluble, lo primigenio, lo confraterno, lo solidario, lo inseparable. Temía la exaltación que rompe las fronteras y unifica. Quizá esa "conciencia cósmica" que tantean e intentan explorar el artista y el místico, le tentaba y le repelía. Y sin embargo a lo largo de su vida, y sobre todo a medida que esta avanzaba, Freud estuvo mas en contacto con personajes artísticos y sobre todo literarios, que con científicos: Thomas Mann, Stefan Zweig, Romain Rolland, Arnold Zweig.

Por otro lado, los que vivieron cerca de él, concuerdan en que creaba en su contorno, más una atmósfera de tensa pasión emocional propia de un taller artístico o literario, que de fría racionalidad de laboratorio de investigación.

Cierto que le gustaba compararse a veces con científicos como Copérnico o aventureros y descubridores como Colón, pero siempre prefería la familia de los grandes artistas y en el fondo le gustaba considerarse entre Sófocles, Leonardo, Miguel Angel, Cervantes, Goethe y Shakespeare, sobre todo cerca de éste último; y ensayó incansable su método analítico, para tratar de entender a estos grandes creadores y acercarse a sus obras.

Le interesaron particularmente sus alumnos de creatividad mas audaz y poética, aunque fué con los que más conflictos tuvo, pues en el fondo siempre temía que escrutaran su mente y le arrebataran sus descubrimientos.

Fué claro que, aparte del análisis, su amor fundamental se dirigió al arte y que en realidad nunca pudo separar ambos intereses.

Era mas ostensible su inclinación hacia las artes mas aprehensibles como la plástica o comprensibles como la literatura

Por otra parte era abierto su temor y aún repudio hacia las artes mas secretas, "nocturnas" ilimitadas e inasibles como la música, y en particular la mas abstracta, que por otro lado era la que más caracterizaba a su amada y repudiada Viena.

Sin embargo, sabemos que le complacía cierto tipo de ópera italiana, cuyas expresiones veristas, al descubierto, comprensibles asibles, no le perturbaban. También le seducía "Carmen" de Bizet que se sabía prácticamnete de memoria y acudía eventualmente a la Opera de Viena si se representaban las obras de Mózart cuya música comentó en varias ocasiones de modo emocionado, en particular la de "las bodas de Fígaro".

Su interés por los objetos artísticos había partido desde su temprana juventud. Al principio prefería coleccionar esculturas grecorromanas; después egipcios y etruscas. En la última etapa de su vida se acercaba al oriente misterioso y coleccionaba y adquiría esculturas chinas e indúes. Su biblioteca recorría desde la tragedia griega, hasta la novela y la poesía

de su tiempo.

Al respecto recordemos lo que dice al principio de su ensayo sobre el "Moisés" de Miguel Angel en 1914 (1):

"He de confesar, ante todo, que soy profano en cuestiones de arte. El contenido de una obra de arte me atrae mas que sus cualidades formales y técnicas... Para muchos medios y efectos del arte, me falta en realidad, la comprensión debida".

Puede descubrirse en tal declaración, al menos en parte, una excesiva modestia en un hombre que ha sido uno de los críticos mas penetrantes y definitivos del arte, en particular de la escultura y la poesía: aunque no estemos de acuerdo con él en las conclusiones que de ello obtiene para comprobar sus teorías.

En el mismo ensayo continúa de modo revelador: "Pero las obras de arte ejercen sobre mi una poderosa acción, sobre todo las literarias y las escultóricas, y mas rara vez, las pictóricas... he tratado de aprehenderlas a mi manera; esto es de llegar a comprender lo que en ellas me producía tales efectos. Y en aquellas manifestaciones artísticas ( la música, por ejemplo) en que esta comprensión se me niega, no me produce placer alguno". ( Afirmación ambivalente por lo que se ha comentado un poco atrás ). Y continúa: "Una disposición racionalista o acaso analítica, se rebela en mí contra la posibilidad de emocionarme sin saber por qué lo estoy, y que es lo que me emociona".

---

(1) (T. II P. 977, Obras Completas. Edit. Biblioteca Nueva.1948.

Por otro lado sabemos que vacacionaba, no en los centros de la ciencia, sino en los del arte y en particular en la cuna artística de occidente: Grecia y sobre todo Italia. Ahí concurría poco con su mujer, mas con Mina su cuñada o algún discípulo o amigo sensibles.

A veces se quejaba de que había ido abandonando la experiencia directa, por lo especulativo, lo intuitivo y aún lo visionario. Y conmueve verle exclamar: "¿Que harán con mi teoría, - con mi obra - después de mi muerte?" y comenta: "Con frecuencia he encontrado esta clase de preocupaciones entre los grandes escritores o artistas; pero nunca en los científicos".

Nadie que se interese en Freud ignora que algunas de sus mas deslumbrantes intuiciones se encuentran en sus incisivos, eruditos y apasionados comentarios sobre diversos artistas y obras de arte; entre los que destacan en el campo literario, la trilogía de "Edipo" de Sófocles, de la que obtiene una de sus ideas básicas. "El asno de oro" de Apuleyo, Hamlet, Macbeth, El rey Lear, el Mercader de Venecia de Shakespeare. El Fausto de Goethe. Diversas obras de Dostoyevski. Los Sueños de la Gradiva de Jensen. Rorsmerjold de Ibsen. Diversas obras de Stefan Sweig, etc.

En el campo de la plástica, Leonardo de Vinci, en un buen número de cuyas obras penetra mas detenidamente, sobre todo en uno de sus dibujos anatómicos sobre el coito. En las pinturas de "Santa Ana, la Virgen y el Niño", así como la "Leda", el "San Juan Bautista, el "Baco" y la Monna Lisa del Giocondo.

También el "Moisés" de Miguel Angel. Igual que en la "Historia del Pintor Cristobal Haizmann" o bien en ensayos como "El interés del psicoanálisis para la estética", "El poeta y la fantasía", etc.

No creo que escape a nadie que haya leído a Freud con interés, lo apasionante de su estilo literario, fluido y elegante, pleno de bella imaginación creativa. Era un reconocido maestro de la lengua alemana. Ya a los 17 años era celebrado como estilista.

En su brillante y abismal estudio sobre Leonardo, bajo el inofensivo título de "Un recuerdo infantil de Leonardo", recorrer la vida toda del artista, desde su nacimiento hasta su muerte. Cabila intensamente sobre la vacilación y la ambivalencia que el genio italiano mostró siempre entre la ciencia y el arte, y perturbado, cita al biógrafo Vasari, quien informa cómo en sus últimos momentos Leonardo expresaba sus remordimientos por haber ofendido a Dios y a los hombres no cumpliendo con su misión en el arte, en aras de sus trabajos científicos. ¿Aludía Freud mismo, de modo secreto a él mismo y a su propio problema? Nunca lo sabremos, pero si podemos constatar su repetida confesión de impotencia como psicoanalista que corre tras el arte, sin poder nunca alcanzarlo ni menos develar su insondable misterio.

Una y otra vez hacía declaraciones como ésta: "Por desgracia el análisis tiene que rendir sus armas ante el problema del poeta". O bien habla de las "dotes artísticas inanalizables"





( de Leonardo); o mas adelante en la misma obra dice: "Hemos de confesar que la esencia de la función artística nos es inaccesible psicoanalíticamente"; o bien: "El psicoanálisis no nos explica el trecho de la capacidad artística de Leonardo".

Son tanto mas dramáticas estas declaraciones de impotencia cuando las expresaba con tal penetración poética, que lo convertían, como el resto de sus obras, en uno de los altos literatos de la Europa de su época. Penetraba intuitivamente el arte, pero este don no le bastaba. Le desesperaba no poderlo desarticular por medio del análisis. Y sin embargo, se constata su alarma y su secreta complacencia de fantasear en ser considerado un novelista psicoanalítico con motivo de su escrito sobre Leonardo: " Si incluso, por los partidarios y concedores del psicoanálisis, se me objetara que no hemos hecho sino escribir una novela psicoanalítica, responderemos que no exageramos tampoco la seguridad de nuestros resultados. Como otros muchos hemos sucumbido a la atracción ejercida por el grande y enigmático Leonardo, en cuya personalidad creemos advertir poderosas pasiones instintivas que, sin embargo, no pueden manifestarse sino de un modo atenuadísimo". Poco antes ha encomiado "su intelecto que se ha elevado a los mas altos rendimientos de una concepción del universo que deja muy atrás a su época". Añade que ha intentado esclarecer esa vacilación que divide la vida del gran maestro entre el arte y la ciencia,

Quizá convendramos todos en que jamás habló Freud de un científico ni de otro personaje con tan intensa admiración

y secreta identificación.(1)

En otro momento, nos llama la atención su sobresalto en un artículo denominado "Para la prehistoria de la técnica psicoanalítica" que apareció sin firma, pero que por su estilo es indudablemente suyo. Ahí se sorprende diciendo: "En un nuevo libro de Havellock Ellis, aparece un ensayo titulado "Psicoanálisis en relación al sexo", encaminado a demostrar que la obra del creador del psicoanálisis no debe considerarse como una labor científica sino como una labor artística. En dicho ensayo trata de demostrarse que el método de las asociaciones de Freud es realmente propio de un artista, lo que es una prueba de la indiosincracia artística de éste".

Ante la aparente indignación de Freud por lo que considera una resistencia al psicoanálisis, se atisba una secreta complacencia, ya que termina aceptando el profundo influjo que un autor que escribió en 1823 y que él leyó a los 14 años, llamado Ludwuiq Borne, tuvo sobre él a través de su libro "El arte de llegar a ser un escritor original en tres días". Declara que este literato le enseñó realmente, por el camino de la poesía, el arte de las asociaciones libres, base de su método, y luego se explaya en el tema.

Considera en su ensayo "Los que fracasan al triunfar" (2) a Macbeth como una inmortal creación de Shakespeare que le hace confesar su angustia de ser arrastrado por la potencia del

---

(1) Un recuerdo infantil de Leonardo. Obras Completas T. II

(2) Los que fracasan al triunfar, Tomo II P. 996.

arte sin que él pueda controlarse. Dice: "El poeta puede ciertamente dominarnos con su arte durante la representación y paralizar con ello nuestro pensamiento, mas no impedir que ulteriormente nos esforcemos en llegar a la comprensión del mecanismo psicológico de tal efecto". Se ve de nuevo aquí la urgente necesidad que siempre tuvo de controlar sus emociones estéticas desatadas, aunque fuera a posteriori, por medio de las riendas del intelecto. Una vez logrado el rescate de su yo razonador de manos de Shakespeare, puede permitirse, en el párrafo siguiente, una crítica de potente evocación poética, sobre la unidad trágica masculino-femenina que ambos personajes centrales, Lady Macbeth y su marido, logran en la obra del creador.

Se vislumbra su encantamiento y su apetencia por los poderes del poeta, como si de algún modo patético, él no haya podido advertir los suyos; quizá porque un temor inconsciente se lo negaba, o porque un secreto pudor se lo impidiera.

Cuando escribe (1) : "Los profanos sentimos desde siempre vivísima curiosidad, por saber, de dónde el poeta, persona singularísima, extrae sus temas - en el sentido de la pregunta que aquel cardenal dirigió a Ariosto - y como logra conmovernos con ello tan intensamente y despertar en nosotros emociones de las que ni siquiera nos juzgábamos acaso capaces... Si por lo menos pudieramos descubrir en nosotros o en nuestros semejantes una actividad afín en algún modo a la composición poética! "

---

(1) "El poeta y la fantasía" Obras Completas T.II, p. 965

Su comentario con un tinte anhelante y desesperado, no deja de impresionar toda vez que él poseía en abundancia este don ya que este mismo párrafo, conmovedoramente lírico lo comprueba. Y continúa : " La investigación de dicha actividad (la poetica), nos permitiría esperar una primera explicación de la actividad creadora del poeta"... "Y verdaderamente existe tal posibilidad; los mismos poetas gustan de aminorar la distancia entre su singularidad y la esencia generalmente humana y nos aseguran ( exclama conmovedoramente ) de continuo que en cada hombre hay un poeta y que solo con el último hombre, morirá el último poeta... ¿No habremos de buscar en el niño, dice, las primeras huellas de la actividad poética?" Enseguida se enfrasca en abismales consideraciones sobre el juego y la poesía; sobre la fantasía del poeta y el sueño despierto; la poesía trágica y la poesía épica. Prosigue con la novela psicológica contemporánea a él y con Zolá, sobre quién había dado conferencias. Y concluye inesperadamente: "El hombre puede... rechazar el agobio demasiado intenso de la vida y conquistar el intenso placer del humor".

En "El delirio y los sueños de la Gradiva" de W.Jensen (1), se advierte su ansiedad de aproximar la psiquiatría y la poesía al declarar: "El poeta - oímos decir - debe evitar todo contacto con la psiquiatría y dejar al médico el cuidado de describir los estados patológicos.

Mas en realidad todos los poetas dignos de tal nombre, han trasgredido este precepto y han considerado como su misión ver-

---

(1) "El delirio y los sueños de la Gradiva" de W. Jensen"  
Obras completas T. I p. 607 y siguientes.

dadera, la descripción de la vida psicológica de los hombres. Llegando a ser no pocas veces precursores de la ciencia psicológica... Todo esto nos demuestra que el poeta no puede por menos de ser algo psiquiatra, así como el psiquiatra algo poeta y además, que puede muy bien tratarse poéticamente un tema de psiquiatría, y poseer la obra resultante un pleno valor estético y literario" (Es decir, hablaba por sí mismo). Continúa: "Esto es en efecto lo que sucede en la obra que nos ocupa, y no es sino la exposición poética de la historia de una enfermedad y de su acertado tratamiento". (Es decir, lo mismo que él hace al tratar el tema).

Un poco más allá y él escribiría ese poema trágico - quizá su obra maestra - en el que medita sobre el hombre capturado por el destino que lo lanza entre los impulsos de la vida y de la muerte y que se llama "El Malestar en la Cultura", donde también rinde algunos de sus máximos tributos al arte.

En el "Interés del psicoanálisis para la estética" (1) apunta que: "El psicoanálisis ha logrado resolver satisfactoriamente algunos de los problemas enlazados al arte y al artista. Otros escapan por completo a su influjo... El problema del origen de la capacidad artística creadora no toca resolverlo a la psicología... Por lo demás la mayoría de los problemas de la creación y el goce artístico esperan aún ser objeto de una labor que arroje sobre ellos la luz de los descubrimientos analíticos y les señale su puesto en el complicado edificio de las compensaciones de los humanos deseos".

---

(1)"El interés del psicoanálisis para la estética"

Obras completas T.II p. 886

Grijalva, J., 1982: Freud el artista. In: S. Millán and S. Gojman de Millán (Eds.), Memorias II, México (Sociedad Psicoanalítica Mexicana) 1982, pp. 319-333.

(Considerar la creación y recreación del arte solo un sucedáneo del sexo frustrado habrá sido la mas secreta defensa de Freud contra su propio fuego artístico?).

Por otra parte nunca se desanimó ante el alcance de su método. Así, en "La enseñanza de la psicología en las Universidades" (1), declara que la aplicación del método psicoanalítico no se limita en absoluto a los trastornos psicológicos, sino que alcanza también a los problemas superiores del arte, de la filosofía y de la religión.

Aclara su necesidad de extender su método mas allá de la curación de la enfermedad. "El uso del psicoanálisis para el tratamiento de las neurosis, es solo una de sus aplicaciones. Quizá demuestre el futuro que no es la mas importante".

Aprovecha todavía su incisivo ensayo sobre Dostoiewsky y en particular sobre su novela "Los Hermanos Karamasof" (2), para proclamar que "Dostoiewsky el poeta no ofrece lugar a dudas. Tiene un puesto poco detras de Shakespeare. Los hermanos Karamasof, es la novela mas acabada que jamás se haya escrito, y el episodio del gran inquisidor, es una de las cimas de la literatura universal".

El hombre que empezó escribiendo historiales clínicos sobre la histeria, que amén de ensayos científicos revolucionarios, eran excelentes novelas cortas por derecho propio, concluyó su carrera de creador, escribiendo la obra maestra de riguroso investigador, tanto como acabada cumbre literaria que se llama: "Moises y el Monoteismo".

---

(1) "La enseñanza del psicoanálisis en las Universidades".

(2) "Dostoiewsky y el parricidio." Obras completas T. II p. 1044

Característicamente, el último libro que leía cuando la larga agonía acabó con él, era "La piel de zapa" de Balzac, una obra que habla del estrechamiento creciente de la vida hasta su total aniquilación.

Nadie niega hoy que la influencia de Freud ha venido a fecundar prácticamente todos los campos del conocimiento humano, pero en particular el campo del arte. Aunque él se negó a admitirlo, contribuyó a la insurgencia del expresionismo, del dadaísmo, del surrealismo y gran parte del arte actual. James Joyce y la literatura más reciente no podrían explicarse sin él. Aunque repudiaba la plástica de su época, aquel anciano casi en agonía, próximo a los 83 años, se estremeció ante la personalidad fanática y la maestría artística del joven Dalí que le visitó a instancias de Stefan Zweig, y renació en él el interés de investigar psicoanalíticamente este novedoso arte revolucionario (1), anhelo, que la muerte le impidió. Sin embargo, tal suceso demuestra que nunca se cerró a los hechos humanos, y menos al arte.

Murió como de Vinci, fluctuando entre el arte y la ciencia entre esos dos campos que, quizá antagónicos hasta hoy, terminarán por confluír en una misma y sola corriente.

---

(1) Carta # 302 a Stefan Zweig. Epistolario P. & Janés. Tomo II p. 192.